

rra; que sólo podían perforarlo las luces que de las abiertas ventanas de los talleres se escapaban, y que nosotros, ciegos, rodeados por aquella espesa nube, medio asfixiados, oprimido el pecho por una horrible angustia y un malestar profundo, nos dirigiamos hacia esas luces, único faro que nos guiaba en tan supremos instantes, para poner pronto el pie en tierra firme porque sin remedio nos hundíamos.

—Señor, ya hemos llegado, ¿es que quiere usted seguir adelante?—me dijo Leman al observar que yo no me movía, á pesar de que el barco había atracado á su muelle flotante.

—No, no, vamos, vámonos pronto.

—Tiene usted frio?

—Mucho.

—¿Dónde iremos á cenar ahora?

—Ustedes cenen donde quieran, yo me voy al hotel, yo ya he cenado.

—¿Pero qué es lo que ha cenado usted?—me preguntó Leman asombrado.

—¡Pan y thé!

CAPITULO VII.



La casa de Stolypine.

Quando en un país no se sube de las últimas clases sociales á las más elevadas por una serie de escalones que conduzcan á la cima de una manera suave é insensible, sino que se sube á saltos; cuando el río de la riqueza pública no se divide en muchos ramales sino sólo en dos grandes brazos de los cuales, uno aprovecha al gobierno y á los que de él están cerca, y el otro al clero, que por regla general no devuelve jamás

á la circulación lo que ha absorbido, los movimientos revolucionarios son inevitables.

Rusia está en ese caso.

Apenas se pone el pie en su territorio se palpan las diferencias sociales de un modo que indigna y entristece.

Ay! del viajero que pide á cualquier empleado inferior un servicio con buenas palabras y con correctos modales; le harían tanto caso como se lo podían hacer á un habitante de la luna.

El que algo desea debe empezar por poner el ceño adusto, erguir el rostro, enronquecer la voz y empuñar un palo; después debe gritar, pero gritar mucho y fuerte, y hasta acariciar, por vía de advertencia, la parte posterior del sirviente con la punta de la bota.

Bueno es en seguida sacar unos cuantos kopecs, no muchos, diez ó veinte, según la importancia del servicio que se pidió, pero siempre después que este ha sido ejecutado y se puede tener así la certeza de que no le faltará á uno nada.

Pero si al criado de un hotel, al empleado de un ferrocarril, á un cochero, ó en fin, á cualquiera de esos desgraciados que tienen la necesidad de ganarse el pan de cada día sirviendo al público, se le pide que haga tal ó cual cosa en términos moderados, os verán de arriba abajo, pondrán cara de no comprender lo que se les dice y os volverán las espaldas, ó bien, os contestarán sonriendo irónicamente: «da,» «da,» «da,» esto es: sí, sí, sí, y no os harán caso.

Esto lo ví, lo palpé, cuando Leman consiguió que

echaran fuera á los que ocupaban un compartimento del wagon en que pasamos la primera noche en tierra moscovita gritando mucho y haciendo creer que era el acompañante de un alto personaje.

Después pude observarlo más de cerca durante nuestra permanencia en Rusia.

Cuando alguna vez movido de piedad reconvenía al «*courrier de la cour*» al ver que trataba á empellones á cualquier infeliz que iba á servirnos, me contaba guiñando sus ojillos azules:

—Yo conozco á mis rusos, señor, si no los trato así no encontraremos quien lleve nuestras maletas á la estación, ni quien nos limpie los zapatos.

Eso se explica; se considera el pueblo á sí mismo siempre tan bajo, tan hundido en su miseria y en su abandono; tiene tal idea de que debe trabajar para los demás sin quejarse nunca, sin atreverse ni siquiera á alzar los ojos hacia sus señores, idea que por tradición le viene, porque así ha visto hacerlo á sus padres y á sus abuelos, que cuando se le pide con dulzura y atención alguna cosa supone que el que así le habla no es superior á él sino su igual y lo desprecia profundamente, como se desprecia á sí mismo.

Pero de esas bajas clases sociales surgen los redentores.

Cristo nació en un pesebre y era hijo de un carpintero.

Los intelectuales de Rusia han surgido así.

Pero por desgracia, son tan pocos y están tan mal comprendidos!

Es un trabajo de titanes perforar la roca humana. El limo se endurece y se hace piedra. Y el pueblo ruso es una enorme montaña.

¡Cuántas vidas, cuánta sangre, cuántos afanes cuesta hacer un túnel! Es cierto que el aire libre va á circular por él; es verdad que la luz alumbrará vivificadora y sana las entrañas de la piedra y que en las hendiduras de la roca podrán crecer plantas y hasta flores, pero para hacer la perforación, para darle al aire y á la luz paso libre se necesitan olímpicos esfuerzos, la roca se defiende.

La ilustración en Rusia se abre paso á golpes de pica y con explosiones de dinamita. Bien podía perforar á la piedra la gota de agua cristalina y pura, pero el poder y el clero no lo permiten.

Y conste que el mismo gobierno trata de que así no sea, porque comprende que la mejor manera de combatir á un enemigo es hacerlo odioso y porque cuando se rechaza la violencia con la violencia el hecho parece natural y hasta justo.

Nadie se asombra de que la sociedad sentencie á muerte y ejecute en público á un asesino, y el gobierno del Tzar quiere que todos los que aman la libertad sean asesinos para poder ahorcarlos públicamente y conseguir además que el mundo le dé la razón.

El mismo gobierno ha creado á los terroristas.

Cuando algún hombre de buena voluntad esparce sobre las masas como un sol benéfico, los rayos de su amor á la humanidad, se le suprime, porque ese hace más daño que mil anarquistas.

Pondré un ejemplo.

El mes de Agosto último, el Tzar, de una plumada, disolvió la Duma.

—Esa es la revolución—le dijeron, y ante la palabra revolución tembló sin reflexionar que las revoluciones como las tempestades purifican el ambiente y que las revoluciones en los pueblos son á veces necesarias y benéficas como las tempestades lo son en los campos después de que una larga sequía ha chupado el jugo de la tierra.

Entre los diputados liberales había uno: anciano, rico, muy rico, amante del pueblo y enemigo de los terroristas.

Herzenstein compadecía á los pobres y procedía de buena fé al defender sus intereses.

Era uno de los propietarios de tierras más poderosos, pero quería demostrar que estaba convencido de sus ideas, como el filósofo griego probaba que el movimiento existía, andando.

Así fué como firmó sin vacilaciones la proposición del partido agrario, en que se pedía el repartimiento de las tierras de propiedad particular á los campesinos Rusos.

Disuelta la Duma, se retiró Herzenstein á Finlandia y allí una tarde en que tranquilo y descuidado paseaba con su mujer y su hija, dos balas traidoras le atravesaron el pecho y le quitaron la vida.

Cosa verdaderamente curiosa y digna de llamar la atención: la noticia de su asesinato circuló en Moscú antes de que aconteciera y los periódicos reaccionarios anunciaban su fin trágico en el mismo día y á la misma hora en que él asistía en Vibort á un banquete que sus amigos le ofrecían.

¿Cómo se adivinó su muerte? Quizá el General Treppoff que acababa de morir de un ataque del corazón, según creo, pudiera decirlo.

A hombres como Herzenstein son á los que según el gobierno opina no debe oír el obrero á quien el fanatismo y la miseria embrutecen.

Tuve oportunidad de penetrar al patio de una casa de obreros y de asomarme á algunas, no de las habitaciones, sino de las cuevas donde viven.

Aquello trastorna el estómago y enferma el espíritu.

Se ve con frecuencia que diez y aún más personas viven en la misma pieza sin luz, sin aire, sin higiene, y hombres y mujeres que la víspera no se conocían duermen en la misma tarima que les sirve de lecho.

La duración de la faena que según una ley de 1897 debe ser de once horas y media, es generalmente de quince horas, porque circulares del Ministerio de Hacienda posteriores á la ley, autorizan á los manufactureros á prolongar el término legal de los trabajos

Cuando después de doce, de catorce, de veinte años de una vida pasada en los talleres, de no encontrar al regresar á la casa más que caras famélicas y cuerpos encorvados por la anemia, aquellos desgraciados no

pueden seguir moviendo los brazos, agotada ya su energía y absorbida su vitalidad por el insaciable pulpo de una labor exajerada, pierden su empleo y se les arroja del taller como se arroja al pudridero el bagazo de la caña después de haberle extraído el jugo.

Ahora bien, cuando durante una de esas huelgas, que han sido la consecuencia natural de tanta opresión, los dueños de fábricas quieren acceder á algunas de las justas exigencias de sus subordinados, el gobierno se opone abiertamente, y como en Rusia en los negocios industriales es preciso contar siempre con el apoyo del gobierno, los fabricantes ceden á la presión oficial.

El gobierno teme que, si hace concesiones se susciten más tarde huelgas en mayor escala para reivindicar derechos que no le conviene que el pueblo sepa que posee.

Si hoy ceden los particulares, mañana tendría que ceder él mismo, y la más mínima concesión de su parte equivaldría á confesar que el pueblo obraba con justicia y, para que viva la autocracia, es preciso que el pueblo no tenga nunca razón.

En todo eso pensaba yo silencioso, acurrucado en un rincón del coche que me conducía á la isla de «Los Boticarios,» rumbo á la casa del primer ministro Stolypine á donde la curiosidad me llevaba.

El tiempo había cambiado. Hacia un frío húmedo que penetraba hasta los huesos, y del cielo nebuloso y bajo se desprendían gotas finísimas que herían la piel como si fueran puntas de acero.

Después de preguntar á varias personas el punto fijo en que había habitado el ministro, sin que supieran darnos informes, porque otro de los caracteres del pueblo ruso es no saber nunca nada, llegamos, por indicaciones que nos hizo un gendarme, á la avenida en donde se alzaba la casa destruída.

A pesar del tiempo transcurrido desde el accidente, varios soldados rodeaban aún las ruinas.

Descendimos de los coches y á pié avanzamos hasta el lugar mismo de la catástrofe.

La casa está situada frente al pequeño Neva, es de madera y tiene dos pisos.

Todo el frente y algunas de las habitaciones interiores quedaron enteramente destruídas.



INTERIOR DE LA CASA DE STOLYPINE.

En un gran radio, al rededor de la parte que aún queda en pié, se veían amontonados trozos de made-

ra, pedazos de muebles, restos de tapicería y fragmentos pequeños de cristal. Estos últimos fueron lanzados por la explosión hasta la margen del río que corre á unos veinte ó veinticinco metros distante de la casa.

Natalia Stolypine, hija del ministro, niña de catorce años, estaba en un balcón que quedaba justamente sobre el vestíbulo donde estalló la bomba.

Ella y su hermano, niño de tres años de edad, fueron recogidos entre los escombros, los dos mortalmente heridos. Natalia tenía las piernas destrozadas, el niño presentaba horribles lesiones en todo el cuerpecito.

De las personas que esperaban en la antecámara, veinticuatro resultaron muertas y veintidós heridas.

Leman, que conoce mi afición á coleccionar objetos que recuerden algún hecho notable, avanzó entre los escombros y recogió varias grandes astillas de madera.

Uno de los soldados quiso oponerse, pero mi hombre volviéndose hacia él, furioso, empezó á hablar en ruso y á accionar como un poseído, y mientras el soldado clavaba en él los ojos con asombro y casi con miedo, él se dirigió hacia mí, me dió una de las astillas y poniéndose las otras bajo el brazo se encaminó tranquilamente á los carruajes.

—¿También usted guarda esos pedazos de madera como un recuerdo?, le pregunté á Leman.

—No ciertamente, me contestó; pienso regalarlas á la redacción de un periódico de Berlín.

—Mentira, murmuró Truan á mi oído, los lleva para venderlos. Comercia hasta con sus uñas.

Una vez instalados como pudimos en los coches, nuestro guía dió la orden á los aurigas para que nos condujeran al jardín de Estío.

Ibamos á visitar el palacio en que habitó Pedro el Grande.

CAPITULO VIII.

PEDRO EL GRANDE.

El Verdugo.

El día 16 de Mayo del año de 1703, en las márgenes del Neva, rodeaban en grupo unos soldados á un hombre alto, robusto, algo cargado de hombros, pelo corto, negro y rizado, grandes ojos, y que de tarde en cuando volvía hacia atrás la cabeza, de tan violenta manera, obedeciendo á un tic nervioso, que se diría que trataba de mirar, sin mover el cuerpo, lo que detrás de él pasaba.

De improviso aquel hombre arrebató á uno de los soldados su alabarda, se dirigió á grandes pasos, pero con una oscilación en el cuerpo semejante á la que se observa en el andar de los marineros, á un arbolillo que se erguía no lejos del lugar donde el grupo se hallaba, cortó dos ramas, formó con ellas una cruz, la clavó en el suelo, y después, volviéndose á los que mudos le contemplaban, dijo con acento firme y sonoro éstas palabras que el viento recogió en sus alas y que esparció en redor de aquellos sitios desolados, como una sana semilla sobre un suelo próspero y fecundo.

—¡Aquí debe existir una ciudad!

Aquel hombre era Pedro el Grande, y sobre aquella humilde cruz se alzó San Petersburgo.

Todo faltaba al principio, instrumentos y brazos, pero sobraba la voluntad. Se transportaba la tierra en sacos y hasta en las camisas y blusas de los trabajadores, cuando los sacos faltaban.

Se construyó primero una fortaleza de madera, que se convirtió más tarde en la Ciudadela de San Pedro y San Pablo; se levantó después la casa humilde de Pedro el Grande, hecha también con madera; un templo luterano sirvió en aquellos sitios de relicario al recuerdo de Dios; y la histórica taberna de «Las Cuatro Fragatas» fué como el arca donde encerró sus mandamientos un hombre. Esa taberna sirvió primero de Palacio de Ayuntamiento; Pedro el Grande presidía el Cabildo con el vaso de cerveza ó con la copa de vodka en la mano, y los ediles discutían humedeciendo en medio de un discurso su seca garganta, con grandes tragos de aguardiente. Después sirvió de lugar de citas diplomáticas. Ahí hacía el Tzar que fueran á tratar con él negocios de alta importancia internacional los embajadores extranjeros.

Así se formó la capital de la Rusia moderna, así construyó su ciudad el más grande de los Tzares.

La personalidad de Pedro I atrae por lo original y espanta por lo misterioso.

Su alegría era inagotable y amaba la sociedad como puede amarla un miembro de algún club aristocrático, pero al mismo tiempo una falta absoluta de corazón le hacía asemejarse á un salvaje.

Hay rasgos en su vida que hacen reír y hay otros que horrorizan.

Pedro el Grande cuando tenía un capricho ó una necesidad á nadie respetaba.

En su primer viaje por Alemania, en Koenigsberg, recorriendo las calles como un particular cualquiera, quiso saber la hora. Volvió en torno los ojos y viendo á una dama de la corte que en aquellos momentos pasaba, se dirigió á ella,—«¡alto!»—le gritó brusca-mente, tomó el reloj que la asustada señora llevaba en el pecho, vió la hora y siguió tranquilamente su camino.

Emprendió este viaje haciéndose pasar por un simple miembro de una embajada que enviaba él mismo á Alemania, á Holanda y á Inglaterra.

Naturalmente, á pesar de su incógnito, las autoridades de los sitios por donde pasaba le preparaban, si no festejos oficiales, sí alojamientos dignos de él.

Al llegar á Koenigsberg hizo esperar, á los encargados de recibirlo, hasta muy entrada la noche.

Ya en sus habitaciones, se presentó á cumplimentarlo el maestro de ceremonias Juan de Beseer, cortesano correcto, sabio y poeta.

Verlo Pedro, saltar sobre él, arrancarle la peluca y arrojarla á un rincón, todo fué obra de un instante.

—¿Quién es éste?—preguntó á los que le rodeaban.

Se le explicó que su encargo era el de atenderlo y prevenir sus deseos.

—Bien, bien,—dijo Pedro—pues que me traiga una mujer.

Ya se puede imaginar el aspecto que tendría el pobre maestro de ceremonias.

En Dantzig, asistía á una función religiosa. Una corriente de aire frío penetró en el templo á causa de haberse abierto una puerta que estaba frente al sitio ocupado por el soberano moscovita, por el burgo-maestre y por los demás dignatarios que allí se encontraban rindiendo un homenaje de respeto á su ilustre huésped. La corriente llegó á molestar á Pedro que, sin decir una palabra, extendió el brazo, le quitó al burgo-maestre su peluca, se cubrió con ella la cabeza y continuó observando seria y atentamente las diferentes fases de la ceremonia.

*
* *

María Hamilton era una bella y graciosa joven que fué á la Corte de Pedro como dama de honor de Catalina I.

Pedro el Grande, cuando vió á María, tuvo el capricho de amarla y de hacerse amar.

Conseguirlo le fué tan fácil como ver la hora en Koenigsberg y cubrirse la cabeza en Dantzig, pero una vez satisfecho el capricho, el Tzar hizo á un lado á la pobre María y volvió á sus proyectos de alianza con los franceses y á sus construcciones de barcos con sus marineros de Holanda.

María tuvo otro amante, Orloff, antecesor de aquellos Orloff favoritos de Catalina la Grande; y si con el señor fué desgraciada, más lo fué con el vasallo.

Orloff la maltrataba y le exigía dinero.

Enamorada como una loca, llegó hasta el grado de apoderarse de algunas alhajas de la emperatriz para satisfacer las exigencias de su amante.

En el curso de las investigaciones que para averiguar el paradero de las perdidas joyas se emprendieron, se aclaró no solo que María era la autora del robo, sino que también se supo que en alguna ocasión se había expresado con frases poco respetuosas del mofetudo rostro de la soberana.

Esto era peor que el robo.

Sin embargo, las investigaciones habían sido tan reservadas que ni una palabra de ellas había llegado á oídos ni de María ni de Orloff.

Por otra parte, aún no existía una prueba fehaciente de la culpabilidad de María.

Un incidente inesperado puso en manos del Tzar esa prueba.

Cierto día se perdió un documento del despacho del Emperador, y creyendo este que Orloff lo había tomado, hizo comparecer al joven en su presencia.

Este al ver el ceño airado del monarca y al oírle hablar de un robo, creyó que se refería al de las joyas, y tembloroso y medio muerto de terror cayó de rodillas confesando, no la sustracción del papel, sino la de las alhajas, y pidiendo perdón al Tzar de aquella falta, la responsabilidad de la cual arrojó cobardemente sobre la pobre María.

¿Qué pasó en el corazón de Pedro? ¿Sintió celos ante el amor que aquel miserable le había inspirado

á María y que la indujo hasta el robo? ¿Fué despecho el que se apoderó de él, suponiendo que la que lo había amado no debería jamás amar de nuevo?

Tal vez ni lo uno ni lo otro, pero es difícil explicarse por qué llevó su justicia en esta vez hasta la más horrible crueldad.

Hizo aprehender á María, se le acusó no sólo de robo, sino hasta de infanticidio, y para obligarla á confesar sus delitos y á delatar á su cómplice se le sujetó al tormento no una sino varias veces.

El Tzar asistía á la diligencia dirigiendo él mismo el interrogatorio, sin que su corazón se moviera á piedad al ver las contracciones que imprimía el dolor á aquel hermoso cuerpo que creyó amar un día, y sin que un músculo de su rostro se alterara al escuchar el eco desgarrador y angustiado de aquella voz que murmuró á su oído, en otros tiempos, palabras de cariño.

María Hamilton declaró cuanto quisieron; que había robado, que había matado á hijos que nunca tuvo; pero no pronunció el nombre del miserable que tan cobardemente la delató.

El tribunal la condenó á morir decapitada.

Llegó el día de la ejecución.

Pedro el Grande ordenó que se vistiera á la sentenciada un traje blanco orlado de negro y él mismo la acompañó al cadalso.

La exhortaba á que tuviera valor y le hablaba del más allá como pudiera haberlo hecho un sacerdote; subió con ella al patíbulo y la recibió entre sus bra-

zos cuando á la vista del tajo y del verdugo, las piernas de la pobre mujer aterrorizada se negaban á sostenerla más.

Hubiera bastado un gesto, el más insignificante ademán del autócrata, para que la espada del ejecutor no descendiera sobre el cuello de la víctima; pero Pedro el Grande se conformó con depositar dulcemente la cabeza de María sobre el tajo sin hacer señal alguna.

Cuando la bella cabeza rodó por el tablado, el Tzar se acercó á ella, la tomó entre sus manos, habló, dirigiéndose á las personas que estaban cerca, sobre algunos interesantísimos puntos relativos á la muerte por decapitación; nombró uno por uno los órganos que el acero había cortado, explicó cuales eran sus funciones y después de aquella lección de anatomía, besó los labios que tanto lo habían besado, hizo la señal de la cruz, bajó las gradas del cadalso y se alejó tranquilamente seguido de sus cortesanos y aclamado por el pueblo.

* * *

Se acusó á su hijo el Tzarevitch Alexis del crimen de alta traición. Pedro le hizo aprehender y se le instruyó un proceso.

Una alta corte de justicia de la que formaban parte oficiales de la corona, ministros, senadores y otros elevados funcionarios públicos, fallaron sentenciando á muerte al pobre príncipe, que no pedía más que el

permiso de alejarse de la corte para vivir tranquilo en el destierro, renunciando al derecho que Dios y los hombres le otorgaban para ocupar, después de la muerte de su padre, el trono de sus abuelos.

Antes de que el Tzar hiciera gracia al culpable, ó antes de que dejara que el verdugo cumpliera con la sentencia terrible que había dado el alto tribunal, el Tzarevitch murió en su prisión.

El cuerpo de Alexis fué expuesto con toda pompa á la pública curiosidad durante ocho días. Sólo podía verse el rostro del cadáver. El resto del cuerpo estaba cubierto con regias telas.

La versión oficial de su muerte afirmó que el príncipe, ignorando aún la sentencia dada en su contra, había sido atacado de una apoplejía; agregaba, que hizo llamar inmediatamente á su padre á quien había confesado sus faltas y demandado y obtenido su perdón, muriendo pocos momentos después. ¡Extraña lucidez de espíritu en un congestionado!

Pedro, aunque dispuesto á la clemencia, según la misma versión aseguraba, se inclinó «ante los altos juicios de Dios, al que así plugo castigar al delincuente y librar á la persona del Soberano y á la Patria, del peligro en que las había puesto tan gran culpable.»

Nadie, sin embargo, creyó en la muerte natural del Tzarevitch.

Según unos, había sido decapitado en su prisión por el general Weyde, y la hija de un burgo-maestre de Narva había sido la encargada de coser la ca-

beza al tronco para que el cuerpo fuera expuesto. Según otros, fué envenenado, y algunos dijeron que se le había asfixiado entre unos cojines, y que los ejecutores habían sido Bourtouline, Tolstoi, Ouchakoff y ¡el mismo Tzar!

Pero hay algo aún más horrible.

Efectivamente, el Tzarevitch no había muerto de una congestión; había muerto en la tortura.

Lefort, al servicio del Tzar entonces y que fué después consejero en la legación de Sajonia, y el conde Rabutín, cuentan, el primero que: «el día en que murió Alexis, el Tzar, á las cuatro de la mañana, acompañado de Tolstoi se trasladó á una de las cuevas abovedadas de la fortaleza, donde se habían dispuesto todos los instrumentos necesarios para la aplicación del knut. Se condujo allí al infortunado príncipe, al cual, después de haberlo suspendido por los brazos; se le aplicaron varios golpes de knut, y según dicen (lo que Lefort se niega á creer), Pedro dió los primeros. A las diez de la mañana se repitió la diligencia y lo mismo se hizo á las cuatro de la tarde, quedando esta vez tan maltratado el príncipe, que murió á consecuencia de los golpes del fuste.»

Rabutín no pone en duda nada, Rabutín dice que: «como Pedro no sabía manejar bien el knut dió tal golpe y tan mal aplicado á su hijo, que el infeliz cayó sin conocimiento. Todos creyeron que había muerto, pero volvió en sí y al verlo Pedro, encojiéndose de hombros y como despechado, dijo, «el diablo no ha querido llevárselo aún,» y salió de la sala del tormento. Cata-

lina I que odiaba al hijo de Eudoxia, envió á la prisión para que atendiera al príncipe, al cirujano Hobby, el cual, abriéndole las venas, le dió muerte.»

Ahora bien, hay un documento indiscutible, que si bien difiere en los detalles, está de acuerdo en el fondo con los anteriores relatos.

Ese documento es «El diario de la guarnición de San Petersburgo», que existe en la Biblioteca de la Academia de Ciencias de esa Ciudad. Dice así: «*El 14 de Junio, se instaló una cámara de tortura en una casamata vecina al bastión Troubezkoï, en el cual ese mismo día fué encerrado el Tzarevitch. El 19 se han verificado dos sesiones en esa cámara, del medio día á la una y de las seis á las nueve de la noche; al día siguiente tuvo lugar una tercera sesión de las ocho á las once de la mañana; el 24 dos sesiones: una de las diez al medio día, la otra de las seis á las diez de la noche; el 26, aún una sesión EN PRESENCIA DEL TZAR, de ocho de la mañana á las once, y ese mismo día, á las seis de la tarde, el Tzarevitch ha muerto.»*

El testimonio es innegable.

Sigamos ahora la lectura del diario. Ya sabemos que Alexis murió el 26 de Junio á las seis de la tarde. El diario de la guarnición de San Petersburgo, dice: «27 de Junio.—Misa *Te Deum* por el aniversario de la batalla de Poltava: salvas de artillería en presencia de Su Majestad, etc. A las nueve de la noche el cuerpo del Tzarevitch ha sido trasportado del bastión Troubetzkoï á la casa del gobernador»

«28 de Junio.—A las diez de la mañana, translación

del cuerpo del Tzarevitch á la iglesia de la Trinidad donde ha sido expuesto.»

«29 de Junio.—Fiesta de Su Majestad. Lanzamiento en el Almirantazgo del navío últimamente acabado, «Liesna», construído según los planos de Su Majestad. *Su Majestad ha asistido á la ceremonia con todos sus ministros.* Todos se han divertido mucho.»

Esto era después de la muerte del príncipe; mientras duró su proceso, no se suprimió ninguna de las diversiones de la corte y Pedro el Grande asistió también á todas ellas.

*
*
*

Tenía en cambio curiosos rasgos de benevolencia.

Hizo ir de Kief á Moscow en 1712 á Esteban Yavorski, humilde monge, virtuoso y de un carácter austero y viril.

Pedro el Grande había abandonado primero y hecho encerrar después en un monasterio á su primera mujer, la desgraciada Eudoxia, cuya figura dulce y simpática encontraremos más tarde en Moscow, cuando revolbamos en el Kremlin el polvo de los siglos.

El Tzar era poco aficionado á la temperancia y con frecuencia desdeñaba los preceptos relativos al ayuno, que la religión ortodoxa impone en la cuaresma.

Yavorski había sido elevado á la dignidad episcopal por Pedro, y aun cuando agradecido y respetuoso el monge-obispo, no podía ver con calma, por una

parte, el profundo desprecio con que su regio protector trataba el vínculo sagrado del matrimonio, y por otra, el olvido voluntario en que incurría cuando llegaban las épocas de ayuno.

Cierta ocasión, Yavorski, no pudiendo resistir á la voz de su conciencia que le reprochaba el abandono en que estaba dejando á la más preciada oveja de su evangélico aprisco, se fué de frente á ella y á solas le espetó una filípica de padre y muy señor mío.

El Tzar contempló frente á frente un breve instante al orador cuando éste terminó su edificante discurso, y suponiendo tal vez que tendría con tanto hablar seca la garganta, se dirigió á un armario, sacó de él dos vasos enormes, los llenó de vodka y él se bebió uno sin dejar ni una gota y sin que ni una gota desperdiciara, hizo que el reverendo obispo se bebiere el otro.

Yavorski, poco acostumbrado á esos refrigerios, salió de la estancia dando traspiés, pero resuelto á evitar que con su ejemplo contaminara á sus demás ovejas, aquella que tan rehacia se mostraba á seguir el buen camino.

En efecto, á los pocos días, pronunciando un sermón, la emprendió, con los maridos que abandonaban á sus mujeres y con los hombres que no respetaban los ayunos, con tal encarnizamiento y valentía, que dejó á los tales de manera que el demonio no tenía por donde desecharlos.

Aquello era un crimen de lesa Majestad y así se

consideraba en una relación escrita que se hizo al Tzar de lo ocurrido.

Pedro la devolvió escribiendo al margen:—«Primero me regañó privadamente, después en público.»

Yavorski se quiso ir á un monasterio; Pedro no lo permitió, y para tranquilizar al escrupuloso obispo, se hizo enviar del patriarca de Constantinopla una dispensa que lo puso de acuerdo con las exigencias de la religión.

* * *

En cierta ocasión, un fanático, al que tal vez habían trastornado los sermones de Yavorski, logró introducirse hasta un lugar en donde el Tzar dormía, y le disparó dos pistoletazos.

En las dos ocasiones el arma no dió fuego.

Sobrecogido de temor, el asesino despertó al Tzar. Se arrojó á sus piés llorando, le contó lo que había acontecido y agregó entre sollozos:

—Ah, señor! es indudable que Dios ha debido enviarme para daros así una prueba de su protección. Ahora, matadme!

—Matarte! nunca! No se mata á los enviados y menos cuando lo son por Dios—contestó Pedro, haciendo que el hombre se levantara y dejándolo partir tranquilamente.

Pero estos rasgos de benevolencia son contados, mientras que sus rasgos de ferocidad son incontables.

El año de 1697 se vió obligado á retardar su primer viaje á Europa, por el descubrimiento de un complot en contra suya, del que era Tsikler el alma.

Creyó el Tzar que existía algún lazo entre este complot y aquel en que tomó parte en otros tiempos Ivan Miloslaoski, tío de la Tzarevna Sofia, y el cual había muerto hacía doce años, y no perdonando en su furor ni á los vivos ni á los muertos, mandó desenterrar el cadáver comido por los gusanos, y ordenó que arrastrado en un trineo del que tiraban doce cerdos, fuera colocado sobre el cadalso en el que Tsikler y Sokovnine, su cómplice, iban á ser destrozados poco á poco, cortándoles pequeños pedazos de carne con un cuchillo.

Y así se ejecutó la sentencia. Aquellos infelices murieron lentamente, viendo correr de las innumerables llagas de sus cuerpos, torrentes de sangre que iban á mojar los tristes despojos de aquel otro desgraciado á quien se arrancó del silencio y de la majestad de la tumba para profanarlo, á la luz del sol, ante los ojos absortos de un pueblo que temblaba y enmudecía frente á la vengativa y tremenda justicia de su Tzar.

Hermosa era la mañana del 11 de Julio de 1705.

Las gotas de la lluvia, que la noche anterior no había cesado de caer, brillaban heridas por los rayos del sol como piedras preciosas, y de los nidos mojados salían buscando calor y sustento las aves que con sus trinos, al saludar al astro que derrama la salud y la vida, saludaban también la infinita bondad de su creador.

La campana de la iglesia del Monasterio de Polock sonaba alegremente, y su repique repercutiendo en la atmósfera diáfana y pura de aquella mañana de primavera, iba de roca en roca, de monte en monte y de lugar en lugar despertando los ecos y llamando á los aldeanos para que acudieran á la casa de Dios, que desde lo alto de la cruz abría los brazos, como esperando que fueran á refugiarse en su amor para conceder mercedes.

Las horas pasaron, pidieron los aldeanos en el sagrado recinto lluvias bienhechoras sobre las fecundas tierras y, en tanto que los hombres se alejaron rumbo á sus labores, las mujeres permanecieron aún de rodillas, rogando al que lo puede todo, por el bienestar de aquellos á quienes todo lo debían.

De pronto se escucharon por la parte de afuera relinchos de caballos, ruidos de armas y rumor de voces.

Entraron precipitadamente en el monasterio varios

hombres y anunciaron con acento sonoro que S. M. el Tzar estaba ahí.

Salieron los monges y, pronto entre ellos, entró Pedro el Grande, seguido de cerca por sus oficiales y alejando con su latiguillo á cada paso á su magnífico perro inglés, que se empeñaba en enredarse entre las reales pantorrillas de su dueño.

Una estatua del ilustre mártir de la orden, del Bienaventurado Josafat, llamó la atención del emperador.

Contemplóla largo rato de arriba á abajo, examinó la hacha que hendía el cráneo del mártir y preguntó con acento conmovido.

—Decidme, ¿quién ha puesto en ese estado á tan santo varón?

—Los cismáticos, señor,—contestó un monge; el padre Kosikowski.

Al oírlo Pedro, volvióse hacia él echando por los ojos fuego.

—¡Ah fraile!—gritóle airado— ¡con que así llamais á mis generales! Y sin agregar otra palabra, sacó la espada é hirió con ella al superior, matándole en el acto.

Sus oficiales siguieron su ejemplo. Hirieron mortalmente á otros de aquellos indefensos enemigos, dejando muertos á algunos y tan mal heridos á otros que á los tres días murieron.

Pero no fué eso sólo; muchas de las mujeres que estaban en el templo y que en él se habían quedado para ver de cerca al Tzar durante su visita, fueron aprehendidas por orden de Pedro, y por el solo deli-

to de haber presenciado la matanza y de haberse manifestado conmovidas, las hizo desnudar de la cintura arriba y cortar los pechos, mientras se entretenía en ver como su perro inglés, azuzado por sus gritos, se arrojaba sobre las víctimas atenacéandoles con sus mandíbulas el cuello.

Verdad es que, según todos los cronistas, Pedro estaba borracho cuando hizo su sangrienta visita al convento de los padres de Polock. El y sus oficiales salían de una orgía nocturna.